

¿FRENTE POPULAR ANTIIMPERIALISTA O FRENTE DE TRABAJADORES?*

El frente capitalista, con la conducción del régimen militar, ha desencadenado una nueva fase ofensiva contra los trabajadores explotados que se expresa en la política económica y laboral, cuyo contenido esencial es aplastar el salario y la capacidad de consumo de los explotados para defender las ganancias de los capitalistas durante la crisis, y contener administrativamente a las demandas reivindicativas de los trabajadores, castigando sus protestas con la masificación de los despidos.

De su lado y por vez primera, los trabajadores se agitan y se aglutinan ya no solamente para sostener sus reivindicaciones en cada centro de trabajo y sector gremial, sino para enfrentar lo principal de la política económica y laboral del actual régimen militar. Es decir, comienzan a movilizarse como clase.

De esa manera, aunque todavía difusamente, comienzan a prefigurarse las tendencias al enfrentamiento de las fuerzas diferenciadas del capital y del trabajo. En otras palabras, están configurándose las bases de un nuevo período histórico de las luchas de clase en el Perú: la disputa por el poder en la sociedad.

Para imponer su política económica y laboral, el régimen y su frente capitalista tendrían que aplastar con la represión la resistencia en curso de los trabajadores. Pero será la fuerza de esta resistencia lo que determine, en fin de cuentas, si avanza la ofensiva capitalista o si su gobierno se ve forzado a maniobrar en retirada. De hecho, ya en este momento, la amplitud de la protesta y las señales de organización de la resistencia de los trabajadores, han obligado inclusive a los aparatos corporativos del régimen a proponer modificaciones en esa política y al gobierno a prometerlas.

¿De dónde surge todo esto? En lo fundamental, del hecho de que están agudizándose

* Este artículo fue publicado en *Sociedad y Política* (Lima) Año 2, N° 6: 3-9, marzo de 1976.

las contradicciones del capitalismo en el Perú, intensificadas por la actual coyuntura de crisis económica, empujando a los intereses sociales básicos, es decir, a las clases sociales, a diferenciarse y a enfrentarse de modo cada vez más abierto y profundo. En la medida en que este proceso se desarrolle, irá poniendo en primer plano la cuestión del poder en la sociedad.

Los protagonistas principales de este enfrentamiento, son la burguesía y el proletariado. Pero en torno de cada uno de ellos tienden ahora –y lo harán más claramente en adelante– a reagruparse las fuerzas políticas que representan los intereses de todas las otras capas de nuestra sociedad.

Para el proletariado, las alternativas de este proceso dependerán, en adelante, ante todo de la corrección de su orientación estratégica y de sus procedimientos tácticos. Es decir, del grado en que la clase asuma conscientemente las perspectivas políticas que objetivamente se le abren, así como los condicionamientos concretos que permiten su desarrollo.

LOS PROBLEMAS ESTRATÉGICOS

La fase en la cual están ingresando las luchas de clases en el país; es el resultado de la ma-

duración de un conjunto de procesos básicos en la estructura profunda de esta sociedad, en gran medida, como consecuencia de los reajustes introducidos desde 1968.

Se trata, fundamentalmente, del avance en la depuración del carácter capitalista de las relaciones sociales de producción y de la estructura de las relaciones entre las clases sociales, particularmente en el Estado.

La expresión política de estos procesos se revela en dos cuestiones básicas: en el cambio del contenido y carácter de clase de la lucha por la democracia de un lado, y de la lucha contra la dominación imperialista, del otro.

La lucha por la democracia en el Perú no se dirige hoy, principalmente, a la destrucción de la dominación oligarquía y al establecimiento de una democracia liberal burguesa. El problema central ahora es impedir la imposición de una forma corporativa de dominación burguesa, que podría tener un desemboque fascista sobre los trabajadores.

Las luchas antiimperialistas no pueden contenerse solamente en el rescate de la independencia nacional manteniendo el carácter capitalista de la sociedad nacional, inclusive con modificaciones profundas, sino que se orientan a la destrucción del dominio imperialista en tanto que capitalista.

En otros términos, el contenido de clase de los dos planos decisivos de las luchas políticas en el país se está modificando radicalmente.

Sería puro utopismo, pensar que la lucha contra la orientación corporativista, impresa por la tecnocracia capitalista en la reorganización del Estado, pudiera contenerse –excepto por un corto y convulsivo momento– en los límites de una democracia liberal burguesa o populista, capaz de institucionalizar las luchas de clases en el marco de las reglas de juego de una legalidad burguesa o pequeñoburguesa.

El corporativismo es una exigencia objetiva del avance de la monopolización del capital y del establecimiento del capital estatal como eje de su hegemonía, en el marco de una crisis estructural profunda del orden capitalista, de la cual esta coyuntura de crisis económica es una manifestación más grave que las anteriores.

Por eso, la lucha contra el corporativismo no puede resolverse, a largo plazo, sino por la imposición de la democracia, de los trabajadores o por su derrota.

De la misma manera, el problema nacional no puede encontrar solución en la construcción de un Estado nacional suficientemente fuerte como para obligar, a la burguesía imperialista, a invertir en función de las necesidades del desarrollo del país.

Durante los últimos siete años, la tecnoburocracia representante de los intereses del capital, ha iniciado la construcción de un amplio sector de capital estatal, como base material de una asociación de intereses entre la burguesía y las capas medias, tratando inclusive de integrar corporativamente a los trabajadores a esa alianza. Algunos de los grupos de esa tecnocracia concebían esa política, ideológicamente, como una vía para ganar independencia respecto de la dominación imperialista. Sin embargo, conforme ha ido fortaleciéndose y consolidándose el capital estatal, se ha ido asociando cada vez más profundamente con el capital imperialista, y convirtiéndose en un mecanismo de integración más profunda del capitalismo peruano dentro del orden imperialista.

El capital estatal se construye y se consolida a pesar de la ideología nacionalista, de contenido pequeñoburgués, de algunos de los grupos de la tecnocracia, como eje de una asociación de intereses entre la burguesía monopolista internacional, la burguesía monopolista interna y una capa media tecnoburocrática que funda en la administración de esos intereses sus expectativas de participación en el poder del capital.

La lucha contra la dominación imperialista hoy, en lo concreto, se dirige contra esa asociación de intereses, representada en el actual

Estado, y dentro de cuya asociación el predominio de la burguesía monopolista internacional tiende a acentuarse.

Así, la resistencia frente a la imposición del corporativismo, o sea el combate por la democracia, y la lucha contra la dominación imperialista enfrentan el mismo enemigo y se condicionan mutuamente. En consecuencia, ambas son ahora, en lo fundamental una tarea de clase del proletariado.

LOS PROBLEMAS TÁCTICOS: LA COYUNTURA INMEDIATA Y LAS RELACIONES DE FUERZAS

La coyuntura inmediata se caracteriza por los siguientes rasgos principales:

1. La iniciación de una nueva fase de ofensiva capitalista contra los trabajadores explotados y, en primer lugar, contra el proletariado.
2. Mayores y más profundas vacilaciones políticas de las capas medias reformistas sean democrático-nacionalistas o socialdemócratas. Es probable que a partir de la ascensión del general Fernández Maldonado al segundo rango en el gobierno militar, esas vacilaciones se acentúen.

3. La profundización de la crisis ideológica y de la fragmentación orgánica de las agrupaciones y corrientes de la izquierda socialista.
4. La iniciación incipiente, aunque con posibilidades de más rápido desarrollo, de una tendencia a la aglutinación de los trabajadores en un frente de resistencia a la política económica y laboral capitalista, pero todavía bajo la dirección de las corrientes sindicales y políticas que aún mantienen expectativas acerca del carácter antiimperialista del régimen militar y en especial acerca de la radicalidad, en esa dirección, del sector identificado con el general Fernández Maldonado.

Es claro, pues, que no obstante que la profundización de sus contradicciones va empujado a la estructura básica de esta sociedad, hacia la profundización de las luchas de clases y la diferenciación de las fuerzas políticas del capital y del trabajo, en la coyuntura inmediata las fuerzas políticas del capital son largamente más poderosas y están en plena ofensiva.

El proletariado aparece todavía en una fase de organización de la resistencia contra esa ofensiva. Aun cuando se puede observar una más generalizada conciencia de clase en la masa proletaria, eso se contrasta con marcados desniveles en el desarrollo político de esa

conciencia, entre algunos importantes núcleos de su vanguardia y el resto de la clase.

Esos núcleos de vanguardia no han logrado aún cohesionarse en una organización política común, levantar una alternativa programática y avanzar en la lucha por la dirección de la clase frente a las corrientes y organizaciones de orientación socialista reformista y burocrática.

La influencia ideológica del socialismo ha ganado algún terreno entre los grupos dirigentes de las otras capas explotadas de la sociedad y entre algunos sectores medios; intelectuales y asalariados. Pero estas capas no están aún articuladas efectivamente en un frente político bajo la dirección del proletariado.

Son, precisamente, esta notoria desigualdad de fuerzas políticas entre la burguesía y el proletariado y la situación política de éste, las condiciones que permiten la mayor presencia del socialismo reformista en la dirección de la clase obrera, y refuerzan las vacilaciones de las capas medias ideológicamente radicalizadas, entre las clases fundamentales.

Y de otro lado, las aún no resueltas pugnas por la hegemonía dentro del frente capitalista, dan una apariencia justificatoria a las expectativas de las corrientes reformistas del proletariado y de las capas medias, frente al régimen militar actual.

Por todo ello, surgen ahora y coyunturalmente ganan terreno las corrientes políticas que buscan aglutinar a las masas de trabajadores explotados en un frente popular antiimperialista, bajo la dirección de los grupos reformistas (democráticos-nacionalistas y socialdemócratas) de las capas medias y de las agrupaciones y corrientes socialistas reformistas del proletariado, en la perspectiva de una convergencia con los sectores más radicales del régimen militar.

Esta alternativa, es presentada como la estrategia política “realista” para la actual correlación de fuerzas, ya que para los propugnadores de esta opción se impondría como cuestión central la necesidad de preservar las condiciones políticas que harían posible la maduración de la conciencia y organización de los trabajadores. Se conduce así a los trabajadores explotados a aglutinarse en un frente político indiferenciado en términos de clase, capaz, por eso de converger y conciliar con determinados sectores del frente capitalista y, de ese modo, neutralizar a sus sectores más reaccionarios, evitando una pendiente represiva que, bajo las actuales condiciones, avanzaría hacia el fascismo.

Así presentada, esa propuesta política parece, en efecto, ajustada a lo que la realidad obli-

ga o permite. Sin embargo, omite la consideración de algunos problemas capitales.

Primero, que el terreno de conciliación y de convergencia entre los trabajadores explotados y un posible sector radical del frente capitalista es cada vez más angosto y precario, mientras la crisis económica exija al capital y a sus representantes a ir aplastando más y más el nivel de vida de las masas y a contener represivamente sus protestas y movilizaciones.

Segundo, que hay indicaciones suficientes de que el capitalismo ha ingresado en un ciclo largo de crisis económica, lo que implica que aún cuando se produzcan recuperaciones parciales serán insuficientes y cortas, recayendo en dificultades más profundas.

Tercero, que esa crisis atraviesa el capitalismo dependiente en el Perú, no solamente por la inflación y la reducción de precios internacionales de las exportaciones peruana, sino también porque esos fenómenos repercuten aquí con intensidad debido a la estructura de acumulación y producción que el actual régimen ha promovido, y que agudiza las contradicciones de la estructura interna del capitalismo en el Perú, debido a que las reformas hechas no han logrado resolver a fondo las contradicciones previas y han creado nuevas.

Cuarto, que por todo ello los movimientos

de la estructura profunda de la sociedad irán empujando a la burguesía y a sus representantes tecnocráticos en el Estado hacia el enduramiento de su ofensiva política contra los trabajadores, pues esa exigencia no depende solamente de la amplitud de las movilizaciones de los explotados, sino también de la necesidad de arrebatar a éstos una parte importante de su salario para defender los decrecientes márgenes de ganancia del capital.

En las condiciones actuales de la crisis, no se requeriría reprimir a los trabajadores si estos no se organizaran y resistieran. Pero no dejaría de ser necesario para los capitalistas recortar el salario de los ocupados y reducir el número de trabajadores ocupados.

Quinto, que dadas estas condiciones, las diferenciaciones políticas dentro del frente capitalista no expresan solamente las divergencia de intereses fraccionales en general, sino también el modo en que esos intereses se asumen en momentos diferentes de la lucha de clases. Es decir, esas diferenciaciones políticas dentro de la burguesía son momentos diferentes de la lucha de clases y no distinguos en la naturaleza de sus intereses. ¿O no se recuerda que hubo un tiempo en que las burguesías chilena y uruguayana eran consideradas como la cara simpática de la burguesía latinoamericana?

Sexto, en consecuencia, encuadrar la lucha de las masas trabajadoras solamente en los límites del apoyo a una de las fracciones del frente capitalista, para impedir el triunfo de las más reaccionarias y represivas, no solamente podría ser ineficaz para ese propósito, sino que, peor aún, podría estar llevando al proletariado y a los demás explotados a buscar una conciliación con una fracción del frente capitalista que en un primer momento aparece en una posición menos represiva, pero que en una fase posterior puede ser empujado a encabezar la ofensiva burguesa, si las necesidades del capital lo imponen.

Séptimo, por todo ello, despojar al proletariado y a las otras capas explotadas de una alternativa clara y explícitamente socialista revolucionaria en aras de una convergencia con un sector presuntamente radical del frente capitalista, puede concluir –y la reiterada experiencia histórica lo confirma– en el debilitamiento de su capacidad política, obscureciendo su conciencia y subordinando a sus organizaciones a uno u otro sector de la clase explotadora y, bajo las condiciones de una crisis que se agudiza, llevándolas a una derrota profunda.

Inclusive para poder combatir exitosamente por una meta como la que esa alternativa en cuestión plantea, el proletariado no podría

adquirir la fuerza y la clarividencia tácticas necesarias, sino a condición de orientarse resueltamente hacia sus metas mayores de poder en la sociedad.

Por eso, no es por el camino de un frente popular (esto es, indiferenciado en términos de clase, sin la hegemonía política del proletariado) antiimperialista (en esos términos, nacionalista no anticapitalista), que podría ser factible ya no se diga la conquista del poder total en la sociedad, sino la resistencia victoriosa contra la ofensiva actual de la burguesía.

LAS CONDICIONES DE LA VICTORIA DEL PROLETARIADO

Reconocida la debilidad inicial de la posición de fuerza del proletariado frente a la actual ofensiva capitalista, el problema decisivo para la clase consiste en la acumulación y la organización de las fuerzas necesarias para resistir con éxito esa ofensiva y para emerger de esta situación con las bases organizadas necesarias para el desarrollo de su poder político.

Resistir exitosamente esta ofensiva quiere decir impedir su ampliación y profundización, si es posible, y forzar al frente capitalista a retroceder en las cuestiones sustantivas que

coyunturalmente importan a los trabajadores: salario, empleo y libertad de organización independiente y de huelga.

Para ello son indispensables, la organización independiente y diferenciada del proletariado, unificando a sus más amplias masas alrededor de una plataforma concreta de lucha para la coyuntura y la conquista del apoyo de las otras capas de trabajadores explotados, y de los sectores medios, buscando articularlas en un frente político bajo la dirección del proletariado revolucionario.

Sólo en la medida en que ambas tareas se cumplan, la resistencia contra la ofensiva capitalista podrá ser exitosa y se habría iniciado la construcción de las bases del desarrollo del poder político del proletariado y de los demás explotados del país, en lugar de quedar aprisionados y subordinados a las disputas fraccionales dentro del frente capitalista.

En otros términos, solamente en tanto que en las luchas inmediatas pueda ir acentuándose y consolidándose la independencia política del proletariado y su capacidad de liderazgo sobre los explotados, atrayendo hacia su campo a las capas medias, el proletariado podría ir utilizando las contradicciones sociales y políticas profundizándolas y agudizándolas, para avanzar hacia las perspectivas

estratégicas que han comenzado a abrirse para la clase.

Y ninguna de estas cuestiones puede ser eficazmente abordada, a menos que el proletariado y en primer lugar sus núcleos de vanguardia y el conjunto de los militantes socialistas revolucionarios, sean capaces de luchar organizadamente para defender y consolidar el ya iniciado proceso de independización política de la clase frente a la burguesía, frente a las capas medias conciliadoras y reformistas.

Para ello, la condición básica es la lucha por la hegemonía de la dirección socialista revolucionaria dentro del proletariado, frente a las direcciones socialistas reformistas y conciliadoras.

El primer paso en esa perspectiva, bajo las actuales condiciones, tiene que ser la reaglutinación de los núcleos de vanguardia del proletariado y de todos los militantes de su causa histórica, que converjan hacia la afirmación y consolidación de la independencia política de la clase en la opción estratégica del socialismo revolucionario, como dirección de un amplio frente político del conjunto de los explotados.

Y dado el hecho de que este proceso de reaglutinación política no puede engendrar auto-

máticamente una organización política unificada en torno de un programa coherente, el paso inicial no puede ser otro que la construcción de un frente político de trabajadores socialistas revolucionarios, alrededor de una plataforma de lucha para la coyuntura concreta y para el fortalecimiento de las bases iniciales del poder político del proletariado, como dirigente de un amplio frente de explotados y de las capas medias próximas a ellos.

Dentro de ese frente de trabajadores socialistas revolucionarios, cada tendencia, agrupación o fracción, requiere disponer del margen de autonomía para luchar por sus propias consignas, hasta donde sea compatible con la necesidad imperiosa de una disciplina común para el cumplimiento de las tareas acordadas.

EL ENEMIGO COMÚN, SUS DIFERENCIACIONES Y LAS IMPLICACIONES DE ÉSTAS PARA LA POLÍTICA DEL PROLETARIADO

Desde el derrocamiento de Velasco y de su camarilla fascista, se ha ido constituyendo un implícito frente capitalista alrededor del nuevo régimen militar, y se han ido montando las estructuras y los operativos políticos para des-

encadenar la actual fase de ofensiva contra los trabajadores explotados¹.

Sin embargo, bajo la crisis ningún frente capitalista puede ser, en el Perú, ni estable ni coherente. Por eso dentro de ese frente son observables pugnas por la hegemonía. Unos grupos presionan por imponer de modo más abiertamente represivo las condiciones del capital sobre los trabajadores, y por eliminar o anular totalmente los accesorios del “modelo peruano” como las comunidades laborales o la propiedad “social”. Otros grupos, tratan todavía de mantener un equilibrio político que permita estimular las vacilaciones de las direcciones reformistas del proletariado y de las capas medias, y neutralizar a algunos sectores de trabajadores con ilusorias formas de “participación”.

De esa situación del frente capitalista, las direcciones reformistas del proletariado y de las capas medias radicalizadas, derivan la ilusión de que en el seno de ese frente, y particularmente dentro del régimen militar, existen sectores aliados de los trabajadores.

Sobre esa base, las corrientes políticas reformistas presentan ante las masas trabajadoras,

1 Para el examen de esas cuestiones, véase el artículo sobre “El Frente Capitalista”, en este mismo número.

a “la derecha” y “al imperialismo”, así abstractamente señalados, como el enemigo común tanto de los trabajadores como de esas fracciones supuestamente antiimperialistas radicales y hasta socialistas del frente capitalista.

Esa pendiente reformista, llega inclusive hasta a presentar las comunidades laborales y la propiedad “social”, como auténticas conquistas revolucionarias de los trabajadores, abandonando toda crítica de esas instituciones desde el punto de vista del proletariado, y mistificando las posibilidades tácticas de utilización clasista de esas reformas capitalistas.

Las propias legítimas luchas por la defensa y la consolidación de las conquistas democráticas de los trabajadores, por la amnistía político-laboral, son dirigidas contra la “derecha” y el “imperialismo”, en abstracto, resultando así que el enemigo contra el cual esas luchas se dirigen, en realidad, no tiene cara ni nombre concretos.

Los trabajadores, sin embargo, tienen que preguntarse: ¿quién está amenazando y recortando nuestras libertades democráticas? ¿Quién ampara, legaliza y garantiza con la represión, la diaria y ahora masiva expulsión de dirigentes y trabajadores de base de sus centros de trabajo? ¿Quién ilegaliza nuestras huelgas? ¿Quién secuestra arbitraria y prepo-

tentemente a nuestros asesores legales y dirigentes sindicales, confinándolos en el Sepa o en lugares desconocidos, agrediendo a nuestro derecho de defensa legal? ¿Quién, en fin, decreta cataratas de alza de precios, desvaloriza la moneda, subsidia a los empresarios, para garantizar las ganancias de los capitalistas, y recorta nuestro salario?

Por donde quiera que los trabajadores miren todas estas preguntas tienen una sola respuesta obligada: el régimen militar actual es el responsable directo de estas agresiones a los trabajadores, porque administra el Estado, en representación de los intereses de los capitalistas privados y estatales, internacionales e internos.

¿Qué quiere decir eso? Que sin perjuicio de que dentro del régimen militar haya gentes más reaccionarias y represivas que otras, y que unos quieran avanzar más hacia el capitalismo de Estado mientras otros quieran limitarlo y darle más protección al capital privado, el conjunto de la política del régimen expresa los intereses del conjunto del capital.

No se trata de desconocer que dentro del frente capitalista en su conjunto, y dentro del régimen militar en particular, se diferencian fracciones y disputan por la hegemonía dentro del frente y dentro del Estado.

No se trata, tampoco, de que esas diferencias y disputas fraccionales entre los capitalistas y entre sus representantes tecnocráticos en el Estado, sean indiferentes para las necesidades políticas del proletariado y de todos los trabajadores. Al contrario, para estos siempre será indispensable agudizar esas luchas fraccionales, arrebatándole sus aliados, e inclusive ganar aliados en los propios grupos tecnocráticos, para debilitar el frente capitalista y robustecer el propio.

De lo que se trata es de combatir toda mistificación del significado político concreto de esas pugnas fraccionales en el campo enemigo, como condición para el desarrollo de una orientación estratégica, y de procedimientos tácticos correctos, para utilizar esas contradicciones secundarias en el frente burgués al servicio de la revolución de los trabajadores.

En ese sentido, sólo despojándose de todo espejismo mistificador acerca de pretendidas fracciones antiimperialistas radicales o socialistas en el frente capitalista, para los trabajadores será posible defenderse del peligro de convertirse en instrumentos de los intereses fraccionales de los grupos modernistas del frente capitalista. Y, al contrario, lograr que esas luchas fraccionales burguesas sean un instrumento para fortalecer la posición de fuerza

del frente de los trabajadores. Para ello, otra vez, la diferenciación política organizada de los trabajadores, bajo la dirección del proletariado revolucionario –o sea, orientándose estratégicamente hacia la revolución socialista– es el requisito indispensable.

LAS VACILACIONES DE LAS CAPAS MEDIAS: SU SIGNIFICADO Y LAS TAREAS DEL PROLETARIADO FRENTE A ELLAS

¿Cuáles son pues las bases sociales y políticas de esas ilusiones mistificadoras sobre el régimen militar, que ahora cobran auge entre los grupos reformistas de las capas medias?

En general, son condiciones inherentes a las capas medias la incoherencia ideológica y las vacilaciones políticas concretas, tanto por la situación intermedia de ellas entre las clases sociales básicas, como por la heterogeneidad de la situación social concreta de sus grupos dentro de su situación genérica, heterogeneidad que se hace más compleja conforme avanza la generalización y diversificación del capitalismo en la estructura de la sociedad.

No obstante, el contenido y la profundidad de esas características de los grupos sociales intermedios, no son concretamente las mismas

en cada momento. Dependen, por un lado, del grado de profundidad que va alcanzando en cada momento el deslinde entre los intereses de la burguesía y los del proletariado. Y, de otro lado, de la fuerza política relativa que los frentes políticos de cada una de estas clases tiene en cada coyuntura.

Así, conviene recordar que en períodos anteriores de la historia política del Perú, gran parte de las capas medias se enfrentaron y murieron combatiendo contra las formas dictatoriales de la dominación oligárquica, junto a los trabajadores. Así, también, en las primeras etapas del actual proceso, mientras los problemas centrales se referían a la erradicación de las bases principales de la dominación oligárquica en crisis, y de las formas de dominación imperialista de tipo semicolonial ya en desintegración, gran parte de las capas medias se fueron radicalizando y participaron energicamente en la crítica contra la oligarquía y el imperialismo.

El problema es que, ahora, las contradicciones profundas del capitalismo dependiente en el Perú están madurando las bases del deslinde abierto entre los intereses del capital y del trabajo, de la burguesía y del proletariado como clases. La cuestión del poder en la sociedad comienza difusamente a ser planteado.

En esas condiciones, ya no es solamente el problema de los márgenes de participación en el poder del capital (como en los tiempos de la lucha antioligárquica), que se plantea para las capas medias. Hoy va entrando en crisis la base misma de la existencia social de esos grupos, su lugar y su papel en la intermediación social, cultural y política entre la burguesía y el proletariado.

Por eso, conforme estos movimientos de la estructura profunda de las relaciones entre las clases vayan expresándose en las coyunturas concretas, las vacilaciones de las capas medias entre la burguesía y el proletariado tenderán a hacerse más profundas y ostensibles.

Hoy, por eso, la ideología política de estas capas medias es cada vez más incongruente. Unos grupos se orientan hacia un anticomunismo de desemboque fascista, si las luchas de clase se acentúan. Otros, se radicalizan. Y estos últimos, sin embargo, tratando de no perder su lugar en el juego político del capital y, debido a eso, llegando hasta a separar estructuralmente lo político de lo económico en su reflexión política, sin ver –e inclusive dejando de ver, en ciertos casos– la dependencia estructural de lo político respecto de lo económico.

Actualmente se puede observar, que entre los grupos radicalizados de las capas medias,

estas vacilaciones ideológicas y políticas concretas se han acentuado, particularmente después del derrocamiento de Velasco. Y eso puede apreciarse en la producción ideológica de algunos centros académicos y políticos, donde predominan grupos de capas medias intelectuales y profesionales bien asentadas en la cultura burguesa, pero una parte de las cuales se ha ido radicalizando hacia el socialismo durante el actual proceso, porque sus asentamientos sociales y culturales están entrando en crisis.

¿De dónde procede esta acentuación de las vacilaciones de los grupos radicalizados de esas capas medias, su marcada reticencia a identificar la cara y el nombre concretos del enemigo de los trabajadores en el instante en que arrecia la ofensiva política del capital? ¿Y por qué estas vacilaciones en el momento en que esa radicalización llega muchas veces hasta la adopción general de una orientación socialista?

El factor principal de este problema es un factor político concreto: la actual y muy marcada desigualdad de las fuerzas políticas de la burguesía y del proletariado, que se expresa ante todo en la inexistencia de una organización revolucionaria con raigambre entre las bases mayoritarias del proletariado y en la inexis-

tencia de un frente político de esta clase, y que da lugar a que la ofensiva capitalista avance y se produzcan algunas derrotas parciales del proletariado.

En este sentido, la experiencia de las represiones de la última fase del gobierno Velasco, así como la ofensiva actual del régimen, constituyen elementos muy importantes en la base de las racionalizaciones ideológicas en que se expresan, en este momento, las vacilaciones de esos grupos estimulando sus ilusiones en los sectores menos reaccionarios y represivos del régimen militar.

Para el proletariado y para todos los integrantes de su movimiento socialista revolucionario es decisivo conquistar militantes y aliados firmes dentro de esas capas medias y ayudarlas a definir sus vacilaciones.

Y por lo mismo que un factor central de esas vacilaciones es la inexistencia de una fuerza política diferenciada del proletariado revolucionario, la condición para conquistar el apoyo firme de esos grupos y ganar militantes revolucionarios en su seno es, precisamente, la lucha por construir esa fuerza política diferenciada y autónoma del proletariado revolucionario. El frente de trabajadores socialistas revolucionarios es, por todo ello, una imperiosa necesidad y una tarea urgente.

Al mismo tiempo, no obstante, es imprescindible igualmente la desmitificación constante y severa, de los señuelos ideológicos que esos grupos se fabrican para justificar sus vacilaciones y para arrastrar a los propios trabajadores explotados, todavía en camino de maduración de su conciencia política de clase, a la conciliación con las fracciones representativas del capital que buscan, precisamente, esa conciliación como medio de integración corporativa de los trabajadores a la base del Estado.

LAS TAREAS INMEDIATAS

A fin de impulsar la resistencia organizada de los trabajadores contra la actual ofensiva capitalista que dirige el régimen militar, en la perspectiva de la afirmación del socialismo revolucionario como orientación estratégica de la clase y como bandera de construcción de un frente político de los trabajadores explotados bajo la dirección del proletariado revolucionario, tres tareas aparecen como las principales en el punto de partida:

1. La lucha por construir una plataforma común de lucha para la coyuntura. Dicha plataforma tiene que recoger las más sentidas reivindicaciones

inmediatas de los trabajadores, pero también las necesidades de profundización de la autonomización y diferenciación políticas del proletariado frente a la burguesía y a las capas medias reformistas, y de construcción de un amplio frente de trabajadores explotados (semiproletariado rural y urbano, campesinado pobre, capas medias asalariadas de bajos ingresos, capas de bajos ingresos de la pequeña burguesía urbana) bajo la dirección del proletariado revolucionario.

2. Para impulsar esa tarea es necesaria la lucha por la hegemonía en la dirección de las fracciones más avanzadas y más organizadas del proletariado, en primer lugar, así como en las fracciones equivalentes en las otras capas de trabajadores explotados. Esta lucha implica concretamente la disputa por esa hegemonía frente a las direcciones socialistas reformistas de la clase.
3. La base de esa lucha, dada la actual dispersión organizativa de las corrientes y fracciones socialistas revolucionarias, es el esfuerzo de su aglutinación en un frente de trabajadores socialistas revolucionarios, como base para el desarrollo de un movimiento socialista revolucionario capaz de luchar por su hegemonía en la dirección del proletariado, y de su frente político.

Este Frente de Trabajadores no puede ser ni una quinta central, ni nada parecido. Toda pretensión de ir hacia algo como eso en las actuales circunstancias, no sólo sería un grave error político, sino una criminalidad política contra el proletariado.

El Frente de Trabajadores sólo puede surgir y desarrollarse como un polo de orientación socialista revolucionaria de las luchas sindicales y políticas de los trabajadores.

Y en el terreno específicamente sindical, como una tendencia organizada capaz de luchar por su programa en las actuales organizaciones sindicales clasistas y, sobre todo, dentro de la más importante de ellas, la CGTP, impulsando a las bases, organizándolas en núcleos del Frente de Trabajadores, y en la medida en que aquellos se desarrollen, luchar por la dirección de sus organizaciones sindicales.